

La
niebla
no
pudo
ocultarlo

*Albeiro
Echavarría*

loqueleg

*A la memoria de Luis Acevedo Roldán,
por abrirme las puertas cuando
fui un niño abandonado.*

Mi corazón empezó a borbotear cuando vi los yarumos a la distancia. Parecían gigantes con garras plateadas esforzándose por trepar hasta el cielo. Recordé entonces lo que me respondió Mayita cuando le pregunté por qué las hojas de los yarumos no eran verdes como las hojas de todos los árboles del mundo:

—Es por la neblina, Leopoldo. Las hojas de los yarumos están pintadas de neblina.

Aquella tarde, cuando volví a Yarumal después de algunos años de ausencia, no había neblina. El cielo estaba despejado y las montañas eran tan verdes que daba envidia ver a las vacas pastando en los potreros. Iba en un bus que había tomado dos horas antes en Medellín después de un largo trayecto por carretera que me trajo desde Bogotá donde había pasado los últimos años recibiendo clases de Periodismo.

A lo lejos el pueblo parecía una postal guardada entre las páginas de un libro: distinguí la cúpula gris de la iglesia donde un día fui monaguillo, y las tejas de barro de la escuela Gallego Pérez donde un día aprendí a deletrear

—en la cartilla de *Coquito*— aquellas primeras frases *mi mamá me mima, mi mamá me ama*. Y aspiré el olor de la boñiga, las flores del campo y el eucalipto mientras mi cuerpo se estremecía de nostalgia.

10 Decidí volver a Yarumal —el pueblo que me vio crecer— porque había llegado el momento de reparar el daño que les hice a los hermanos Yotagrí cuando era un niño y me vi obligado a enterrar el cadáver de su papá en el solar de mi propia casa. Porque yo era así: andaba siempre traspasando los límites de mi propia imaginación; actuando como si yo tuviera una varita mágica con la que podía darles un final feliz a todas las historias que se cocinaban en el pueblo.

A tal extremo llegó mi certeza de que podía cambiar el rumbo de las cosas que, cada vez que en Yarumal se moría alguien conocido —Mayita y tía Luna conocían a todo el mundo—, yo me hacía el invitado al velorio, y con mucho disimulo introducía en la boca del cadáver una moneda de cincuenta pesos para que el difunto pudiera traspasar las puertas del Inframundo. Esa creencia venía de una historia que me había contado el abuelo Jesús María —gran amante de la mitología griega—, según la cual los muertos debían atravesar un pavoroso río a bordo de una barca conducida por Caronte, y para subirse a ella tenían que entregarle una moneda, o de lo contrario vagarían cien años por la orilla sin poder continuar su camino. Yo di esa historia por cierta y me erigí en el salvador de los muertos.

Lo que más recordaba del pueblo, fuera de los hechos puntuales que habían forzado mi regreso, era las calles

empinadas. Por bromear, la gente decía que en Yarumal era mejor dormir amarrado a la cama para no caer al río Nechí. Y las calles no eran calles sino faldas: la falda de don Zoilo, la falda del Bobo... Para mí, esas faldas eran como pistas de aeropuerto donde podía viajar hacia lugares maravillosos, como al Oeste Americano, del que me había vuelto fanático leyendo libros de pistoleros.

Recuerdo que ponía los brazos en posición de alas de avión e imaginaba que me elevaba sobre el parque principal, subiendo hasta el alto de la cruz para luego descender hasta La Bomba, y otra vez subir hasta la loma de La Normal donde Mayita había estudiado el bachillerato. El viento y el cansancio me hacían aterrizar sin contratiempos sobre la yerba fresca del Zacatín donde yo vivía con Mayita, mi hermano Mauricio y mi tía Luna.

¡Quién iba a pensar que yo, Leopoldo Builes Roldán, iba a regresar a Yarumal convertido en todo un joven universitario cuando don Camilo Bustamante había vaticinado que yo a lo máximo que iba a llegar era a campeón municipal de billar! ¡Qué injusticia! El que jugaba billar era mi hermano Mauricio. A mí los tacos me resbalaban de las manos cuando intentaba hacer una carambola. Don Camilo, que era el carnicero donde yo trabajaba, y que era muy amigo del abuelo, dijo eso porque un día me vio haciendo una carambola de chiripa en un billar que quedaba frente al teatro Coliseo.

Me alojé en un pequeño hotel del parque principal, diagonal a la iglesia, y después de un baño y un café caliente me puse el sombrero que me prestó mi hermano en

Medellín, di una vuelta por el parque y bajé por la falda de La Foto Arango para enrumbarme hacia el Zacatín. Si Mayita hubiera estado viva, habría dicho que yo estaba deshaciendo los pasos porque para ella todos los regresos guardaban significados ocultos; casi siempre asociados con el más allá. Lejos habría estado de imaginar que yo había vuelto porque iba a develar un secreto que me había atormentado toda la vida, y que me pesaba como si llevara tres bultos de papa sobre la espalda.

12 Llegué a mi destino un poco agitado después de dar una vuelta a la manzana. Era más de mediodía. Aunque ya había pasado la hora del desayuno, evoqué el olor del chocolate con panela y de las arepas sin sal. En una tienda saludé a un señor de ruana que espantaba moscas con el sombrero, y cuyo rostro me pareció familiar. Me detuve un instante frente a la cantina El Águila, que quedaba en toda la esquina. Solo había tres clientes en una mesa consumiendo cerveza de un guacal que habían puesto en el piso. Sonaba una canción, *Las Acacias*, que me hizo sentir un nudo en la garganta:

*Ya no vive nadie en ella
y a la orilla del camino silenciosa está la casa
se diría que sus puertas se cerraron para siempre
se cerraron para siempre sus ventanas... (1)*

Después de dar otra vuelta a la cuadra, volví a plantarme al frente de la casa donde había pasado los mejores años de mi vida.

Era una típica casa antioqueña, de ventanas grandes enrejadas, zócalo alto y corredores con chambranas de madera y macana. Lo único que la diferenciaba de las demás es que tenía un segundo piso con una buhardilla donde quedaba mi habitación. En el centro había un patio empedrado y en la parte de atrás un solar con cultivos de repollo, tomate y árboles de chirimoya. Y un pequeño galpón donde cacareaban siete gallinas saraviadas y un gallo tuerto. Colindaba con la casa un lote amplio —antes cercado con alambre de púas— que servía de segundo solar y en medio del cual había una piedra gigante a la que llamábamos la Piedra del Tormento. A su alrededor había un cultivo de maíz, un palo de chirimoyas, un enorme yarumo y unos platanales.

En la parte de atrás de la piedra, en medio del solar y junto al yarumo, reposaba mi gran secreto: ahí, con la ayuda de mi amigo Nelson, había sepultado a Hugo Yotagrí, más conocido como *el barbero*. Su cadáver había permanecido allí varios años sin que lo supiera su familia, la cual lo daba por muerto a varios kilómetros de mi casa, víctima de los paramilitares. Yo lo enterré allí; no porque lo hubiera matado, ya que era incapaz de matar una mosca, sino porque en ese momento se me metió en la cabeza que debía evitar que le endilgaran el crimen a mi hermano Mauricio, lo cual habría sido una gran injusticia.

Respiré con alivio al darme cuenta de que el lugar no había sufrido modificaciones, y que lo más seguro era que el cadáver permaneciera allí. Pude haber utilizado las llaves para abrir el portón, pero eso me habría obligado a

pasar cerca de la tumba del barbero, y quería postergar ese momento. Rodeé el muro que había reemplazado al alambrado, trepé por los vacíos del bahareque, caí entre unos mortiales y después subí hasta lo más alto de la Piedra del Tormento.

14 Mientras divisaba los techos de las casas, y comprobaba que el pueblo había sufrido pocos cambios en ese sector, dejé que me invadieran los recuerdos. Podía darme el lujo de quedarme allí varias horas porque la cita con tía Luna era a las siete de la noche. Y eso era lo que yo quería: respirar el aire de mi infancia. Quería recordar los tiempos de la neblina e imaginar que yo era feliz como lo fui antes de que enterrara al barbero.

Entonces me vino a la cabeza la voz y la figura de Mayita. Nunca le dije mamá. Su verdadero nombre era Margarita Roldán. Al comienzo de los tiempos, cuando era bebé, solo me alcanzaba para decirle *ayita*. Pero con el pasar de los años la llamé Mayita y ella nunca me reclamó por no decirle mamá o mami como sería lo normal. Lo curioso es que todo el mundo empezó a decirle Mayita, a excepción de mi hermano Mauricio que siempre le dijo mamá.

Imaginé a Mayita peinándose el largo cabello, y dándome consejos:

—No leás tanto, Leo, que te vas a deschavetar.

Yo hacía oídos sordos. Todo el dinero que conseguía —haciendo mandados en la carnicería de don Camillo Bustamante— lo gastaba en libros de cuatrereros del Oeste, escritos por Marcial Lafuente. Y cuando no tenía

dinero iba a la biblioteca a leer y releer una colección de nueve tomos que se llamaba *Todo lo que necesita saber sobre la segunda Guerra Mundial*. Me había vuelto tan ducho en el tema que podía hablar con mucha propiedad de todo lo que había acaecido en esa época: desde la invasión a Polonia por parte de Alemania hasta el desembarco de los aliados en Normandía y la explosión de la bomba atómica.

Por culpa de esas lecturas mi cerebro se mantenía en tal estado de efervescencia que un día, en plena clase de Aritmética, miré por la ventana y vi que se acercaban dos bombarderos alemanes. Salté del pupitre y pegué un grito que se escuchó hasta en el patio de recreo. En realidad eran dos gallinazos que andaban tras al olor de una vaca muerta en el potrero de Antonio Hoyos. Me volví a sentar con el corazón a mil, y con una vergüenza que no se me quitó en mucho tiempo. ¡Qué tal que les hubiera contado a mis compañeros de clase que había visto dos bombarderos alemanes! ¡Me habrían amarrado a la pata de un pupitre!

Poco tiempo después ocurriría el verdadero cataclismo: mis papás se separaron. Ocurrió mientras Mauricio y yo estábamos en el colegio. Cuando ese día llegamos a casa, Mayita estaba en la cocina hecha un mar de lágrimas, con las papas del sancocho a medio pelar y el agua secándose en el fogón.

—Se fue —dijo sin más explicaciones y levantando la cabeza con orgullo—. Se fue y no volverá. Hagan de cuenta que su papá se murió.

—¿Y por qué se fue? —pregunté yo asustado.

—Por una pelea que tuvo con el barbero —dijo Mayita sin ampliar detalles.

—¿Con Hugo Yotagrí? —exclamó mi hermano—. Pero si ellos son muy amigos. ¿Y por qué pelearon?

—Lo único que les digo es que su papá no es ningún santo —replicó Mayita saliendo para el baño.

16 Después de eso Mayita no volvió a hablar del tema. Por terceras personas nos enteramos de que papá tuvo un amorío con la esposa del barbero, y que este los había descubierto en una actitud muy comprometedora. El barbero sacó un revólver, hizo un disparo al aire y estuvo a punto de matarlos a los dos, pero su hijo, Federico, lo impidió. Entonces el barbero les dio —a su esposa y a mi papá— un plazo de doce horas para que se largaran del pueblo, o de lo contrario los mataba. Cómo sería de grave la cosa que papá siendo policía tuvo que coger las de Villadiego.

Los hijos del barbero eran nuestros amigos. Nos conocíamos desde pequeños. Papá nos llevaba cada mes para que el barbero nos cortara el pelo de acuerdo a su gusto personal: a Mauricio estilo militar, y a mí rapado con un horroroso copete en la frente. Después de la peluqueada, papá se quedaba charlando con don Hugo y nosotros entrábamos a la casa a jugar. Yo con Federico que era de mi edad y se la pasaba recogiendo tapas de cerveza en las cantinas para hacer pequeñas obras de arte, y Mauricio con David Santiago que era muy buen estudiante.